



UN MES.

UN AÑO.

Madrid. 4
Provincia. 5

Madrid. 40
Provincia. 50

EL OMNIBUS,

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: un pliego de las impresiones de viaje, por Alejandro Dumas.— Dos ídem, de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.— Uno ídem y la cubierta del ALMANAQUE PARA TODOS, por Villabrilie.

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

Destrucción de la ciudad de Cartago.—Volcan y temblores de tierra en la América Meridional.—Ejemplos de sus efectos.—El Vesubio y el Etna.

Sobre la especie de lengua de tierra que tiene por el Oeste al Océano Pacífico, y por el Este el mar de las Antillas, que forma parte del Océano Atlántico; sobre esta lengua de tierra, decimos, que une la América Septentrional á la América Meridional, se encuentra el antiguo reino de Guatemala, cuyas diversas provincias constituyen hoy una república que lleva el nombre de *Confederación de la América Central*. Atravesando este país por una cadena de montañas que son una continuación de las cordilleras de la América del Sur, y se prolongan por el Norte hasta Méjico, algunos picos de la mencionada cadena de montañas se elevan á diez mil pies, y desde la cima de aquellas alturas puede verse el mar de un extremo á otro.

Ni mas ni menos que las cordilleras, las montañas de Guatemala están sujetas á erupciones volcánicas: y las regiones que se extienden al fin de la cadena no solo tienen que temer las explosiones de estos volcanes, sino tambien los terribles temblores de tierra que preceden ó acompañan á las explosiones y algunas veces se hacen sentir muy lejos. Así pocos países han sufrido tanto estrago de resultas de las erupciones volcánicas y temblores de tierra como el Estado de Guatemala, inclusa la capital designada ahora con el nombre de la vieja ó antigua Guatemala, y que tenía la desgracia de estar situada entre dos volcanes llamados, el uno volcan de agua, porque vomita algunas veces torrentes de agua hirviendo, y el otro volcan de fuego, porque de él salían llamas y candentes lavas. Destruida dos veces la antigua capital por estos dos temibles vecinos, edificase mas lejos la nueva Guatemala, que es hoy la principal ciudad de la confederación.

La pequeña población de Cartago, situada á

las orillas del rio así llamado, en la provincia de Costa-Rica, no ha muchos años sufrió igual suerte que la antigua capital, merced á un temblor de tierra que se hizo sentir, al mismo tiempo que un volcan, situado á tres cuartos de legua de la ciudad, arrojaba fuego, humo y cenizas, asolando esta población que ya habia decaído mucho en su antiguo esplendor y solo contenía algunos millones de habitantes.

En estas regiones, tan espuestas al estrago provocado por causas subterráneas, los temblores de tierra, muy frecuentes por desgracia, van precedidos en lo general por un ruido sordo, á manera de un trueno lejano, ó de una especie de choque siniestro que sirve de advertencia á los habitantes para que se mantengan sobre aviso. Por otra parte, cuando un volcan tan próximo se cubre de humo y de cenizas, los habitantes deben esperar alguna cosa extraordinaria y temblar por sus propiedades situadas al pie de la montaña; de suerte que cuando se sintieron los primeros síntomas alarmantes de la erupción volcánica, los vecinos de Cartago se apresuraron á dejar sus hogares para refugiarse en las campiñas, donde á lo menos estuvieran en seguridad sus vidas.

sido destruida en parte por temblores de tierra? Esta ciudad no conoce las tormentas; pero en revancha conoce harto. En los temblores de tierra, no pasando año sin que esperimiente algunos, sobre todo al empezar el estío, cuando los vapores que llenan el aire desaparecen del todo. Se conserva fresca en la memoria la historia de estas sacudidas, la última de las cuales, que se verificó en 1828, derribó muchos edificios y no pocas casas, privando de la vida á un millar de habitantes. No obstante, lejos de perder el valor los que quedan, edifican de nuevo la ciudad, y prosiguen con la indolencia habitual de las poblaciones de los climas cálidos, su método de vida y de diversion, olvidando prontamente lo pasado, y confiando en un porvenir mas venturoso.

Diríase que el valle de Quito, situado bajo el Ecuador, descansa sobre un inmenso hogar volcánico, y lo que hay de cierto es que los fuegos subterráneos penetran por muchos cráteres muy elevados, tales como el Cichinfa, el Gotopaxi y el Tunguragua, los cuales vomitan lavas.

Combatido con menos frecuencia que el Perú, y el país del Ecuador, Chile, cruzado igualmente por la larga cadena de los Andes ó Cordilleras, sin embargo ha tenido tambien sus catástrofes.

En 1819, un temblor de tierra derribó primero la gran iglesia, y ocho dias despues los demas edificios de la ciudad de Copiapo, situada junto al mar y rodeada de minas de plata y de cobre. Los sacudimientos continuaron con menos violencia, es verdad, por espacio de seis meses; pero raro es el año en que no se hacen sentir en aquella region varias sacudidas.

En Europa estamos tranquilos, y solo los habitantes de las cercanías del Vesubio cerca de Nápoles, y del Etna en Sicilia, tienen que temer algunas veces por su seguridad. Ya sabéis que el Vesubio que se visita con tanto placer cuando está tranquilo, ha tenido en otro tiempo terribles explosiones, y que en el primer siglo de la era cristiana,

una enorme masa de abrasadoras cenizas arrojadas del cráter, sepultó las ciudades de Pompeya y de Herculano, con parte de sus habitantes, que no tuvieron tiempo de huir, y entre los cuales se hallaba Plinio el naturalista, quien llevado del deseo de estudiar la naturaleza, corrió al lugar del desastre á fin de analizar los fenómenos de la explosión.

Estas lluvias de abrasadoras cenizas caen tambien en torno de los volcanes de la América Meridional, y en el valle de Quito algunas veces han oscurecido el aire hasta el punto de convertir el dia en noche; y lo que es mas extraordinario, las masas de ceniza han ido acompañadas algunas veces de aguas cenagosas, de conchas y



Terremoto de Valparaiso en 1822.

Parece, sin embargo, que unas cuarenta personas no pudieron ó no quisieron decidirse á abandonar sus habitaciones, y quedaron sepultadas bajo las ruinas de los edificios, saliendo heridas mas ó menos gravemente las que no perecieron en el acto. ¡Cuántas poblaciones, sobre todo en la América Meridional, han sufrido los mismos desastres que Guatemala y Cartago! ¡Quién no sabe que muchas veces Lima, capital del Perú, ha

ann de pescados. Se cita sobre todo una lluvia de este género que cayó en 1698, cuando el desquiciamiento de una elevada montaña al norte del Chimborazo, cubriendo de lodo y de pescados todo el país circunvecino.

Después de haber leído estos detalles, tal vez se preguntará cuál es la causa, y cómo puede salir de un terreno que al parecer solo se compone de arenas, rocas y toda clase de minerales, como decimos, puede salir de él medios de tan terrible destrucción? Para explicar estos efectos, es preciso arrojar una mirada sobre el interior de la tierra y lo que en ella pasa, según nos es posible penetrar semejantes secretos, lo cual procuraremos hacer en otro número del *Omnibus*.

HISTORIA DE UN AMORCADO.

(Continuación.)

En las palabras que Christel había pronunciado había un no sé qué de febril exaltación, y yo había sorprendido aunque de paso una señal de Emmy que colocó un dedo sobre su frente como para advertirme que había algún riesgo en no disipar las negras ideas de la joven.

En este momento sonaron las diez.

—¡Vivo! dije yo lleno de temor yendo a colocarme en frente de Christel.

Después volviéndome hacia la enferma:

—¿Y vos? le pregunté viendo que nada indicaba que debiese hacerme compañía.

—Yo he cenado ya, respondió Emmy esta vez con una verdadera sonrisa, mostrándome una taza vacía y una ancha botella en la cual quedaba aún algún licor del que había bebido.

—Hace mucho tiempo que el sueño me ha abandonado, y mi médico le obliga a la fuerza a que me visite... Ahora digo como tú, Elias, ¡vivo a la mesa!... que yo os pueda contemplar, hijos míos, como algún día os vereis en esta casa que ya os pertenece, y que esta ilusión pueda halagarme antes que sea sorprendida por este reposo forzado.

La cena que debía ser en celebridad de mi vuelta, fué por el contrario una cena triste de despedida. En vano procuraba yo destruir los tristes pensamientos de mi prometida; inútilmente la buena anciana quiso bailar algunas palabras que buscó en la alegría de nuestros mejores días y de nuestros más agradables recuerdos; pero sea que la poción que había tomado hiciese sentir, poco a poco, su soporífero efecto, ó que la pobre mujer estuviese realmente desanimada, dejó de hablar. Por otra parte Christel no trataba de distraerse: sus ojos estaban obstinadamente fijos en mí, en lo cual traslucía yo cierta especie de misteriosa meditación, cuyo objeto indudablemente era yo. Mas de una vez, y mucho más, sin duda, de lo que era necesario para un espíritu preocupado, la obligué á beber, escitando, bien al contrario de mis deseos, un sentimiento de terror que yo quería hacer desaparecer.

De repente se escuchó á lo lejos un ruido extraño que partía de la campiña.

—¿Qué es eso? dije yo levantándome.

—Es el viento de la noche que agita los árboles del valle, respondió Christel.

Al mismo tiempo que yo me había levantado, también Christel había dejado su asiento; pero mas bien que fijar su atención en aquel ruido que absorbía toda la mía, ella parecía que escuchaba algún profundo pensamiento que la preocupaba completamente.

—No, Christel, ese ruido no es el viento quien lo produce, es otra cosa... Emmy, ¿no lo escucháis como yo?

—Emmy está profundamente dormida, me respondió Christel aproximándose á la cabecera de la enferma, y acercando el oído como para percibirse, añadió:—Este reposo no será interrumpido hasta mañana.

—El ruido aumenta, insistí yo, siempre fijo en mi pensamiento, y parece que se aproxima.

—Será alguna tempestad que empieza.

—Entonces me marchó... ella favorecerá mi vuelta.

—¿Y quieres partir, cuando yo lloro, cuando

mi corazón padece la mas cruel agonía?... Te vas á marchar, Elias?

—¡Es forzoso que nos separemos, Christel!

—En ese caso, añadió, reprimiendo al parecer el sentimiento que la oprimía, también es preciso que yo reuna todo mi valor... Tú, debes tomar fuerzas para emprender tu penosa marcha... este es el momento.

Y, sin que yo hubiese notado cuando fué puesto allí, vi sobre la pequeña mesa donde habíamos cenado un frasco de ron, que reconocí al punto, porque mi antiguo maestro lo había regalado á la anciana Emmy para dar mas alegría y mas animación á la comida que algunas veces hacíamos en su casa en los buenos tiempos en que comenzaron nuestros dorados sueños de unión conyugal.

Christel había vertido con abundancia en mi vaso el licor que contenía aquel frasco, poniéndome algunas gotas en el suyo.

En este momento, precisamente, me pareció que el ruido que no ha mucho creía venir de lejos, partía de la base del verde promontorio que dominaba nuestra casa. Alguna cosa extraña sucedía allí, á no dudarlo; el ruido que llegaba á mis oídos, cada vez mas distintamente, era parecido á ese confuso murmullo que producen las ramas de los arbustos y de las plantas cuando se doblan y se enderezan alternativamente bajo el acompasado marchar de una tropa numerosa que camina con precaución. Mi corazón palpitaba de una manera estrepitosa, y sentía correr por todos mis miembros un sudor frio como si esperase un golpe imprevisto. En aquel sublime momento pensaba yo en el puesto en que debía encontrarme y en el peligro que podía correr aquel honrado muchacho que había quedado en mi lugar.

—¡A la salud de los hombres honrados! dije yo enviando á mi camarada este brindis, con las mismas palabras de que hace un momento os habeis servido, doctor.

—¿Y bebisteis? preguntó Junker, que comenzaba á adivinarle todo y cuya mano se apoderó de una de las del joven, como si aun hubiese sido tiempo de impedirle que aproximase el vaso á sus labios.

—Sí, bebí, doctor. Una sensación desconocida corrió por todos mis miembros, lo cual atribuí yo á mi ansiedad.

El reloj de Asfeld hizo sonar en este instante los tres cuartos para las doce.

—¡Apenas me queda tiempo para llegar! grité yo, lanzándome hácia la puerta.

En vano intenté abrirla: la llave no estaba en la cerradura. Una especie de turbación se apoderó de mí: mis manos buscaban inútilmente la llave.

—No trates de hallarla, me dijo Christel, que se acercó á mí llevando pintada en su semblante una resolución que yo no había visto jamás, es inútil porque yo la he quitado.

—¿Tú quieres que sea traidor? exclamé.

En este momento se dejó oír una detonación de una arma de fuego. ¿Quién había tirado? ¿qué pasaba? ¿qué iba á suceder, Dios mío? Yo empujaba con las rodillas aquella puerta que se oponía á mi salida; pero resistía mis violentas sacudidas. De repente se oyó una descarga, después otra que respondía á la primera, y bien pronto resonaron en mis oídos mil confusos gritos, voces de mando, todo el aterrador tumulto de un combate; era, á no dudarlo una sorpresa de los franceses. Los redobles de los tambores sonaban por todas partes y ya no se distinguía mas que el ruido de la pelea.

—¡La llave! ¡la llave! dije yo yendo hácia Christel con un pensamiento de cólera que ella adivinó.

—¡Yo no quiero que te dejes matar!... La llave que me pides la he tirado, dijo mostrándome la ventana abierta.

Determinado á salir por ella di un salto y me coloqué sobre el alféizar; pero no pude llevar á cabo mi resolución porque esta ventana estaba defendida por unas gruesas barras de hierro, y salido de ellas con una increíble desesperación y mirando á lo lejos, no tardé en reconocer que nuestras tropas habían sido repentinamente atacadas: el fuego grueso y el fuego por compañías se sucedía con una estremada rapidez. Al brillo de los fogonazos, adivinaba los

movimientos de las tropas, y, á pesar de la vaguedad que la noche imprime á todas las formas, como la desesperación ayudaba á mis miradas, veía caer multitud de víctimas á cada disparo. Yo daba gritos, llamaba á mis compañeros para que me reconociesen y me libertasen, porque el honor de soldado, el amor á la patria y el sentimiento de mi vergüenza, me destrozaban el corazón. En medio del trastorno de mis ideas, me acordé de que tenía la bayoneta en el cinturón, y cogiéndola vivamente daba con ella fuertes golpes en el yeso que sujetaba las barras de hierro de la ventana que medio logré desprender, tal era la rabia y la locura con que yo trabajaba.

—¡No conseguirás tu objeto!... gritó Christel poseída de una locura muy diferente á la mía. ¡No tienes mas remedio que permanecer aquí! repétia estrechándome: te he engañado... y tus fuerzas van á hacerte traidor bien pronto.

En este momento una ráfaga de viento que penetró por la ventana apagó la luz.

¡Ah! entonces se empeñó una extraña á la vez que horrible lucha: aquellas luces de la guerra por la parte de afuera, aquella obscuridad dentro de la habitación, los repentinos disparos, la hora, todo contribuía á excitar mas y mas nuestros pensamientos enemigos en aquella ocasión. Yo amaba á Christel con toda mi alma, y tenía además la convicción de que ella por su parte me amaba de la misma manera, y sin embargo se trabó entre las dos un combate terrible en que enlazados fuertemente, enfurecidos, dirigiéndonos palabras injuriosas y con los ojos chispeantes de cólera, parecíamos mas que dos amantes, dos ensobrecidos basiliscos.

—¡Miserable! ¡miserable! decía yo roncando de ira.

—¡Tú me pertences enteramente, y no pertences á nadie mas! replicaba Christel con el acento de un insensato que triunfa.

—¡Yo me libraré de tí!

—Yo te desafío á que lo hagas... ya te he dicho que tus fuerzas van á abandonarte, y ya empiezo á sentir su efecto, respondió con alegría.

Y era cierto, yo me sentía desfallecido: una incomprendible languidez paralizaba todos mis miembros; y aunque el tumulto y la confusión redoblaban en el campo de batalla, apenas lo distinguía. Las descargas mas nutridas partían de todos los puntos, y sin embargo mis ojos no distinguían mas que algunas débiles luces que cruzaban el horizonte. Luchando con este repentino desfallecimiento que se apoderaba de mí, trataba de dar mas energía á mis percepciones para conocer que especie de poder me iba sumiendo en la inacción y como podría dominarlo; pero sin duda debí espresar mi pensamiento en voz alta porque Christel me contestó:

—Te será imposible y en vano piensas oponerte á esa fuerza que te domina... ¡perdóname, querido Elias, perdóname! pero obedece... Es el sueño; pero un sueño de plomo, el que se apodera de tí... yo lo he dispuesto! continuó con esa voz estridente que era á la vez para mí un reto y un sufrimiento.

Sin embargo de que yo hacía sublimes esfuerzos para sacudir aquel sueño, como si fuese una penosa pesadilla, aunque mis brazos estaban enlazados á las barras de hierro de la ventana, me sentía desfallecer, trataba, gruñes gotas de un sudor frio corrían por mi frente, las lágrimas saltaban de mis ojos y dejaba escapar palabras inconexas. Las fuerzas se me iban agotando completamente; pero todavía me rebelaba contra aquella invasión extraña que snbia por todas mis venas y que por momentos me hacía perder la conciencia de mis ideas.

—¡Testarudo! ¡testarudo! me gritó Christel, ¿no conoces que se acercan?... ¿qué puede herirte una bala?

A estas palabras, la sentí cogirme con la alta cólera y la sublime brutalidad de una madre que arranca á su hijo de debajo de la rueda que va á aplastarle la cabeza.

Es indudable que hubiera causado compasión ver la pasión y el miedo que se apoderaron de Christel para darle aquella milagrosa energía de alma y de cuerpo, siendo una criatura tan débil, porque de repente me cogió en sus brazos y me trasportó al sillón que estaba á la cabecera de la cama de Emmy.

—¡Hasta mañana! ól murmurar á mi oído y per-

di todas mis ideas, y caí en un profundo letargo.

—Dormisteis, interrumpió Junker, dormisteis con ese sueño que la ciencia sabe hacer y que la farmacia suministra... pero ese «mañana» para el cual os había emplazado vuestra prometida os fué terrible.

—Creo escusado repetiros, lo que ya sabéis. Este ataque de los franceses, tuvo por objeto forzar á nuestro cuerpo de observación á que abandonase sus ventajosas posiciones.

—Y dos de sus regimientos, añadió el doctor, se han sacrificado heroicamente; mientras que un número mayor de batallones marchaba en silencio por un camino que no les era disputado.

—De aquí nace la cólera de mis gefes. No tuvieron para mí ninguna misericordia... y no debían tenerla... y, ahora lo habeis adivinado todo?... Antes de ayer fui juzgado en consejo de guerra, al cual también compareció Meilen, porque se quería hacer un ejemplar castigo. Sin embargo, mi camarada fué perdonado, por la bizarría con que se condujo durante el ataque... y en cuanto á mí, se calificó de una invención ridícula y absurda cuanto dije.

—Pero ¿y el testimonio de la anciana Emmy?

—La pobre no había visto ni oído nada.

—¿Y Christel?

—La desventurada había perdido el juicio.

—Ya comprendo... ¿asi se os condenó sin misericordia? dijo el doctor.

—Ah me parece que suenan en mis oídos sus indignas palabras:—el salitre es raro, la pólvora preciosa, y las balas es preciso guardarlas para defendernos de enemigos honrados... ¡Alorcado! ¡ahorcado!... ni siquiera me concedieron la muerte del soldado.

—Yo os aconsejo que os compadezcáis, dijo vivamente Junker cuyo carácter se manifestaba siempre cualquiera que fuese la situación en que se encontrara.

Peró tomando al punto las manos de Elias:

—¿No habeis venido á ser mi huésped?... dad á vuestro corazón toda la alegría que pueda contener... yo visitaré á Christel y estoy seguro de volverla la razón... ¡Oh! yo le haré comprender que vivís y que ningún peligro os amenaza... ved aquí mi plan. Dentro de dos horas cuando hayais descansado un poco y que ya será de día, os ponéis un traje de labriego, yo monto á caballo y vos os ponéis á la grupa, como si hubieseis venido á buscarme para un enfermo que está agonizando. De esta manera saldremos juntos de la aldea... en seguida os apresuráis á ganar la frontera y de esta suerte estais salvada.

—Gracias, gracias á vos, señor de Junker!

—Gracias á la Providencia! que ha permitido que un doctor, que no cura mas que á los enfermos pobres, haya podido un día tener treinta escudos en su bolsillo para hacer la compra de un ahorcado.

(Se continuará.)

MISCELANEA.

INDUSTRIA.—MATERIAS TEJIBLES. La industria de los tejidos, que es una de las mayores fuentes de nuestra riqueza nacional, ha sufrido una verdadera revolución cuando el algodón se ha puesto en concurrencia con el hilo, el cáñamo, la lana y la seda. El algodónero no ha podido nunca aclimatarse en Francia, y por consecuencia nos hemos visto precisados á tomar del extranjero la materia primitiva para la fabricación de las telas de algodón. El uso de esta clase de tejidos se hace cada día mas común: el precio de la materia primitiva aumenta de un modo notable.

Se cree que no hay otras materias tejibles que el lino, cáñamo, algodón, lana y seda. Esto es un error. Hay una infinidad de materias que pueden ser transformadas en tejidos. La naturaleza las presenta tan pronto bajo la forma de plumón análogo á la del algodónero, como por ejemplo, en el queso, el chopo, el sauce, el asclepiade, las cañas de hoja larga, etc.; tan pronto bajo la forma de tallos análogos á los del lino y del cáñamo, como son la origina, el formio, el cáñamo de Manila, el banano, el lúpulo, la altea, el corchorus y la bromelia, etc.

Las hojas de las plantas presentan variedades mucho mas ricas y numerosas de fibras tejibles, se sacan generalmente de las ananas, del esparto, de la palmera, del pino, de la pita, del caraguato, etc. En el reino animal, el plumón del cachemira, los vellones del alpaque, del llama, de la vicuña, el pelo del camello, las sedas del tussah, del paña, etc., se emplea mas cada día. Una parte de estas materias se encuentra ya absorbida por la industria inglesa que fabrica con una especie de yerba de la China (China grass) telas, cuya blancura, finura y brillo rivalizan con la batista y la seda. El vellón de los carneros del Perú conocidos con el nombre de alpaques, se trabaja allí ó solo ó mezclado con tejidos de otra especie desde las telas lisas y mates, hasta los tejidos de pelo imitando pieles.

Nosotros mismos, antes de la invasión del algodón, sacábamos partido de muchas sustancias, plantas filamentosas que nuestro suelo produce con abundancia. La origina, por ejemplo, ha suministrado por largo tiempo telas excelentes á nuestras provincias de Picardía y Normandía.

Podían aun utilizarse muchas plantas indígenas; el plumón del chopo, del sauce, del asclepiade, de la caña de hoja larga, el tallo del lúpulo y de la pita.

Desde hace algunos años se ha concebido el feliz pensamiento de cultivar el algodónero en nuestras colonias del Norte de Africa. Este cultivo ha dado buen resultado, y al presente puede contarse el algodón argelino entre los recursos de nuestras manufacturas: únicamente nuestra colonia no podrá luchar sino con dificultad con la América para la producción de algodones comunes. Pero la Argelia produce el algodón en fibras largas que no se encontraba sino en el Egipto y la Georgia, y aun está en cantidades insuficientes para las necesidades de la industria.

FABRICACION DEL HILO. Los progresos mecánicos se han elevado tan altos en la industria de las materias filamentosas, el trabajo de las máquinas se ha hecho tan completamente automático que basta confiarles la materia en bruto para que la devuelvan en el grado de finura y longitud que se desea. Se pone diariamente por ejemplo, un kilogramo de algodón cuyas fibras tienen por término medio tres centímetros de longitud, y las máquinas, sin auxilio alguno extraño, producen un hilo ó cilindro flexible, de una homogeneidad perfecta, de una estension de cuatrocientos kilómetros (400 leguas), y de un grueso matemáticamente igual en toda esta estension.

Para obtener este resultado concurren muchas máquinas al objeto final, por transformaciones sucesivas. La primera separa de las fibras los cuerpos duros y el polvo; la segunda las batana para devolverles la flexibilidad que una presión muy fuerte había en parte neutralizado; la tercera las hace sufrir un cardado para enderezarlas, igualarlas y alinearlas; la cuarta hace deslizarse los filamentos unos sobre otros con una regularidad perfecta, los escalona para formar una cinta continua; este trabajo estaba hace sesenta años entregado á las hilanderas de mano. Esta máquina ha sido inventada en Inglaterra por un peluquero que se ha hecho muchas veces millonario. La quinta máquina, continuando el trabajo de la anterior, empieza á redondear la cinta; en fin, la sexta completa la formación de los hilos: produce de quinientos á seiscientos á la vez, y podría producir muchos mas, pues no está limitada sino por los límites de la colocación y de la fuerza motriz. Los obreros ó obreras no tienen otro trabajo que poner la materia primitiva, recogerla cuando está transformada, y últimamente conservar y limpiar los numerosos órganos de un industrial material.

Estas máquinas son menos variadas y complicadas que podría creerse: de aquí se sigue que cualquiera que sea la naturaleza de la materia á que se las destina, su trabajo abreviará siempre; 1.º por la limpieza de los filamentos; 2.º por el escalonamiento por medio de deslizamientos sucesivos; 3.º por la torsión de estos filamentos para darlos una adherencia suficiente cuando por los deslizamientos han llegado al límite deseado. La producción del hilo de seda hace la única excepción de esta regla general.

EL EMPERADOR DE RUSIA ALEJANDRO II. Habiendo un comerciante notable de San Petersburgo insultado á un francés, creyendo poder hacerlo impunemente por el estado actual de la guerra de Oriente, lo ha hecho comparecer á su presencia, y le dijo:

—¿Por qué has injuriado á ese hombre?

—Porque detesto á la nación francesa.

—¿No tienes ningún otro motivo? ¿Has obrado solo por odio á la Francia?

—Sí, señor.

—Pues bien; yo voy á darte el remedio de satisfacer tu resentimiento. Vas inmediatamente á marchar á Crimea.

No ha habido remedio: el opulento comerciante es hoy uno de los soldados que defienden á Sebastopol.

Esta sentencia es posible y propia en un país donde Pedro el Grande enviaba á enlazar en el fondo de las minas de Siberia á un abuelo del príncipe de Menschikoff que se lamentaba de hallarse demasiado grueso.

Con motivo de la exposición universal de la industria en París, ha habido una aflicción inmensa de viajeros. Los reyes y los emperadores mismos se ponen en movimiento como simples particulares. Esto da lugar á una multitud de anécdotas como la siguiente.

Un opulento banquero israelita de Francfort, marchaba por el camino de hierro á Viena. En el wagon de primera clase en que iba se hallaba otro viajero cuya amable conversacion prendió de tal suerte al banquero, que este último ofreció dar á su compañero una carta de recomendación para su hija.

—Está casada en Viena, añadió, tiene excelentes relaciones, y podrá facilitaros la entrada en las mejores sociedades de la capital.

El viajero le dió las gracias sonriéndose.

—Yo tambien tengo una de mis hijas casada en Viena, y ha hecho bastante buena boda.

—¿Puedo sin indiscrecion preguntaros el nombre de su marido?

—Es el emperador de Austria.

El compañero de viaje del banquero, no era otro mas que el príncipe Maximiliano de Baviera!

LO QUE VALE LA VIDA DE UN ESCLAVO. Bajo este epigrafe, y refiriéndose á un periódico norteamericano, relata el Times el horrible hecho siguiente:

Hace algunas semanas, dos jóvenes que se hallaban de buen humor, entraron en una posada de Cincinnati con objeto de pernoctar en ella, y habiendo encontrado un negro que se hallaba dormido, resolvieron divertirse vertiendo sobre la piel del esclavo el contenido de una lámpara, á poniéndole fuego acto seguido. La llama no pudo ser apagada hasta que el aceite se consumió del todo.

Es imposible decir los sufrimientos que experimentó la desgraciada victima de este entretenimiento, mas bárbaro que los bárbaros suplicios de Nerón. Bastará decir que el esclavo no murió, sino despues de quince días de horribles torturas. Sin embargo, ninguna indagación hubo de parte de la autoridad: los jóvenes que se procuraron esta inocente diversion, pagaron 1,200 dólares (1 dólar—20 rs. y 20 mrs.) al dueño del esclavo para indemnizarle de su pérdida, con lo cual ha quedado satisfecha la vindicta pública. ¡Qué horror!

LOS OMNIBUS DE LONDRES. El número de omnibus que en Londres se pone diariamente en movimiento, asciende á unos 3,000, de los cuales cada uno transporta por cálculo medio 300 personas por día, ó 2,000 semanalmente; lo que en todos da un resumen de 6 millones de viajeros en cada semana, y 300 millones por año. En el servicio de los omnibus cuyo valor total, incluyendo los caballos de tiro, representa un capital de 963,000 libras esterlinas, hay empleadas unas 11,000 personas. El conductor de un omnibus desde Chelsea al Banco, recorre en siete años 173,880 millas inglesas.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8



NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO,

POR

DON RAMON MUÑOZ Y ANDRADE.

Trece tomos en 8.º de á 400 páginas.

EDICION DE LUJO CON 120 LAMINAS LITOGRAFIADAS.

Se han repartido cinco tomos de esta obra, pertenecientes á los meses de noviembre á marzo, ambos inclusive. Cada tomo contiene la biografía de los santos del mes, la epístola y evangelio del día, en castellano; unas ligerísimas reflexiones sobre el evangelio ó virtudes del santo, condensando en ellas las doctrinas más puras del catolicismo; las efemérides religiosas del día, y por apéndice las novenas de los santos más notables del mes, escritas por el mismo autor. Al tomo de marzo acompañan el *Septenario de Dolores* y las novenas del Ángel de la Guarda, San José y la Anunciación. Se ha repartido igualmente el tomo extraordinario que contiene las fiestas movibles y la



SEMANA SANTA MEDITADA.

Este tomo se da gratis á los que se suscriban de nuevo y paguen de una vez toda la obra, ó á los actuales suscritores que completen el pago de los tomos que faltan. El primer día de cada mes se reparte el tomo perteneciente al mismo.

El precio de suscripción es 12 reales tomo en Madrid y 14 en provincia.

Se suscribe en Madrid, en el despacho del establecimiento de Mellado, calle del Príncipe, número 25, y en provincia en casa de los corresponsales de dicho establecimiento y de la BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

